

celo demasiado, ni le falte prudencia al buen deseo. Pues también es menester que experimentemos que es Dios, conviene á saber, en el perdonar lo pasado, porque no hay sin este perdón salud, ni puede nadie perdonar pecados, sino es solo Dios. Mas ni aun esto basta para salvarnos, si no se nos mostrare ser fuerte, defendiéndonos de quien nos guerra, para que no venzan los antiguos deseos, y sea peor que lo primero lo postrero. Paréceos que falta algo, para quien es por nombre y por oficio JESÚS? Sin duda faltara una cosa muy grande, si no se llamara, y si no fuera *padre del siglo futuro*, para que engendre, y resucite á la vida sin fin, á los que somos engendrados para la muerte por los padres de este presente siglo. Ni aun esto bastara, si como *príncipe de paz* no nos pacificara á su Padre, á quien hará entrega de su reino.»

De lo cual todo San Bernardo concluye, que los nombres que Cristo tiene, son todos necesarios para que se llame enteramente JESÚS. Porque para ser lo que este nombre dice, es menester que tenga Cristo, y que haga lo que significan, todos los otros nombres. Y así el nombre de JESÚS es propio nombre suyo entre todos. Y es suyo propio también, porque como el mismo San Bernardo dice, no le es nombre postizo, sino nacido nombre, y nombre que le trae embebido en el ser: porque, como dirémos en su lugar, su ser de Cristo es JESÚS, porque todo cuanto en Cristo hay, es salvación y salud. La cual demás de lo dicho, quiso Cristo que fuese su nombre propio, para declarararnos su amor. Porque no escogió para nombrarse ninguno otro título suyo de los que no miran á nosotros, teniendo tantas grandezas en sí, cuanto es justo que tenga, en quien, como San Pablo dice, reside de asiento, y como corporalmente, toda la riqueza divina: sino escogió para su nombre propio, lo que dice los bienes que en nosotros hace, y la salud que nos da, mostrando clarísimamente lo mucho que nos ama y estima, pues de ninguna de sus grandezas se precia, ni hace nombre, sino de nuestra salud. Que es lo mismo que á Moisés dijo en el Exodo, cuando le preguntaba su nombre, para poder decir á los hijos de Israel, que Dios le enviaba, porque dice así (Exod. c. iii, vv. 14, 15.): *De esta manera dirás á los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros Padres, Dios de Abrahám, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, me*

*envía á vosotros: que este es mi nombre para siempre, y mi apellido en la generación de las generaciones.* Dice que es su nombre, *Dios de Abrahám*, por razón de lo que hasta agora ha hecho, y hará siempre por sus hijos de Abraham, que son todos los que tienen su fe. Dios que nace de Abrahám, que gobierna á Abrahám, que lo defiende, que lo multiplica, que lo repara, y redime, y bendice, esto es, Dios, que es JESÚS de Abrahám.

Y dice que este nombre es el nombre propio suyo, y el apellido que Él más ama, y el título por donde quiere ser conocido, y de que usa y usará siempre, y señaladamente *en la generación de las generaciones*: esto es, en el renacer de los hombres nacidos, y en el salir á la luz de la justicia, los que habían ya salido á esta visible luz llenos de miseria y de culpa, porque en ellos propiamente, y en aquel nacimiento, y en lo que le pertenece, y se le sigue, se muestra Cristo á la clara JESÚS. Y como en el monte, cuando Moisés subió á ver la gloria de Dios, porque Dios le había prometido mostrársela, cuando le puso en el hueco de la peña, y le cubrió con la mano, y le pasó por delante, cuando mostró á Moisés de sí, lo encerró en estas palabras que le dijo (Exod. xxxiv, v. 6. 7.): *Yo soy amoroso entrañablemente, compasivo, ancho de narices, sufrido, y de mucha espera, grande en perdón, fiel y leal en la palabra, y que extiendo mis bienes por mil generaciones de hombres*: como diciendo, que su ser es misericordia, y de lo que se precia es piedad, y que sus grandezas y perfecciones se resumen en hacer bien, y que todo cuanto es, y cuanto quiere ser, es blandura y amor. Así cuando se nos mostró visible á los ojos, no subiendo nosotros al monte, sino descendiendo Él á nuestra bajeza, todo lo que de sí nos descubre es JESÚS. JESÚS es su ser, JESÚS son sus obras, y JESÚS es su nombre, esto es, piedad y salud.

Más. Quiso Cristo tomar por nombre propio á la salud, que es JESÚS: porque salud no es un solo bien, sino una universalidad de bienes innumerables. Porque en la salud están las fuerzas, y la ligereza del movimiento, y el buen parecer, y la habla agradable, y el discurso entero de la razón, y el buen ejercicio de todas las partes, y de todas las obras del hombre. El bien oír, el bien ver, y la buena dicha, y la in-

dustria, la salud la contiene en sí misma. Por manera que salud, es una preñez de todos los bienes, y así porque Cristo es esta preñez verdaderamente, por eso este nombre es el que más le conviene. Porque Cristo, así como en la divinidad es la idea, y el tesoro, y la fuente de todos los bienes, conforme á lo que poco há se decía: así según la humanidad tiene todos los reparos, y todas las medicinas, y todas las saludes que son menester para todos. Y así es bien y salud universal, no sólo porque á todos hace bien, ni solamente porque tiene en sí la salud que es menester para todos los males; sino también porque en cada uno de los suyos hace todas las saludes y bienes, y para cada uno le es JESÚS de innumerables maneras. Porque aunque entre los justos hay grados, así en la gracia que Dios les da, como en el premio que les dará de la gloria; pero ninguno de ellos hay, que no tenga por Cristo, no sólo todos los reparos que son necesarios para librarse del mal, sino también todos los bienes que son menester para ser ricos perfectamente. Esto es, que no hay de ellos ninguno, á quien á la fin JESÚS no les dé salud perfecta en todas sus potencias y partes, así en el alma y sus fuerzas, como en el cuerpo y sus sentidos.

Por manera que en cada uno hace todas las saludes que en todos, limpiando la culpa, dando libertad del tirano, rescatando del infierno, vistiendo con la gracia, comunicando su mismo Espíritu, enviando sobre ellos su amparo, y últimamente resucitando, y glorificando los sentidos y el cuerpo. Y lo uno y lo otro, las muchas saludes que Cristo hace en cada uno de los suyos, y la copia universal que en sí tiene de salud, y de JESÚS, dice David maravillosamente en el verso cuarto del Salmo ciento y nueve, que yo declaré ayer por una manera, y vos, Juliano, poco há lo declaraste en otra, y consintiendo las letras todas, admite también la tercera: porque le podemos muy bien leer así (Ps. cix, v. 4.): *Tu pueblo noblezas en aquel día: tu ejército (noblezas) en los resplandores santos, que más que en el vientre, y más que la mañana hay en ti rocío de tu nacimiento.* Porque dice, que en el día que amanecerá, cuando se acabare la noche de este siglo oscurísimo, que es verdaderamente día, porque no camina á la noche, y día, porque resplandecerá en él la verdad, y así será día de

resplandores santísimos, porque el resplandor de los justos, que agora se esconde en su pecho de ellos, saldrá á luz entonces, y se descubrirá en público, y les resplandecerá por los ojos, y por la cara, y por todos los sentidos del cuerpo: pues en aquel día, que es día, todo el pueblo de Cristo será noblezas. Que llama pueblo de Cristo á los justos solos, porque en la Escritura ellos son los que se llaman pueblo de Dios, dado que Cristo es universal señor de todas las cosas. Y á los mismos que llama pueblo, llama después ejército, ó escuadrón, ó puntualmente, como suena la letra original, poderío de Cristo, según que en el español antiguo llamaban *poderes*, al ayuntamiento de gentes de guerra. Y llama á los justos así, no porque ellos hacen á Cristo poderoso, como en la tierra los muchos soldados hacen poderosos los reyes; sino porque son prueba del grandísimo poder de Cristo, todos juntos, y cada uno por sí: del poder, digo, de su virtud, y de la eficacia de su Espíritu, y de la fuerza de sus manos no vencidas, con que los sacó de la postrera miseria á la felicidad de la vida.

Pues este pueblo y escuadrón de Cristo lucido, dice, que todo es noblezas. Porque cada uno de ellos es no una nobleza, sino muchas noblezas, no una salud, sino muchas saludes, por razón de las no numerables saludes que Cristo en ellos pone por su nobleza infinita, cercándolos de salud, y levantando por todas sus almenas de ellos señal de victoria: lo cual puede bien hacer Jesucristo, por lo que se sigue. Y es, que tiene en sí rocío de su nacimiento, más que vientre, y más que aurora. Porque rocío llama la eficacia de Cristo, y la fuerza del espíritu que da, que en las divinas letras suele tener nombre de agua: y llámale rocío de nacimiento, porque hace con él que nazcan los suyos á la buena vida, y á la dichosa vida: y nómbrale su nacimiento, porque lo hace Él, y porque naciendo ellos en Él, Él también nace en ellos. Y dice, *más que vientre, y más que aurora*, para significar la eficacia, y la copia de aqueste rocío. La eficacia, como diciendo, que con el rocío de JESÚS, que en sí tiene, saca los suyos á luz de vida bienaventurada muy más presto, y muy más cierto que sale el sol al aurora, ó que nace el parto maduro del vientre lleno. Y la copia, de esta manera, que tiene Cristo en sí más

rocío de JESÚS, para serlo, que cuanto llueve por las mañanas el cielo, y cuanto envían las fuentes y sus manantiales, que son como el vientre donde se conciben; y de donde salen las aguas: y así son, como suena la palabra original, la madre de ellas; y en castellano, la canal, por donde el río corre, decimos que es la madre del río.

Pero vamos más adelante. La salud es un bien, que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo: y lo mismo es el oficio que Cristo hace, que es otra causa porque se llama JESÚS. Porque no solamente según la divinidad es la armonía, y la proporción de todas las cosas, mas también según la humanidad es la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo. Que así dice el Apostol (Ad Coloss. cap. 1, v. 2.): *Que pacífica con su sangre, así lo que está en el cielo, como lo que reside en la tierra.* Y en otra parte dice también (Ad Ephes., cap. 2.), que quitó de por medio la división que había entre los hombres y Dios, y en los hombres entre sí mismos, unos con otros, los gentiles con los judíos, y que hizo de ambos uno. Y por lo mismo es llamado *pedra* en el Salmo (Ps. cxvii, v. 22.), *puesta en la cabeza del ángulo.* Porque es la paz de todo lo diferente, y el nudo que ata en sí lo visible con lo que no se ve, y lo que concierta en nosotros la razón y el sentido: y es la melodía acordada y dulce sobre toda manera, á cuyo santo sonido todo lo turbado se aquieta y compone. y así es JESÚS con verdad.

Demás de esto llámase Cristo JESÚS, y salud, para que por este su nombre entendamos, cuál es su obra propia, y lo que hace señaladamente en nosotros: esto es, para que entendamos, en qué consiste nuestro bien, y nuestra santidad y justicia, y lo que habemos de pedirle que nos dé, y esperar de Él que nos lo dará. Porque así como la salud en el enfermo no está en los refrigerantes que le aplican por defuera, ni en las epítimas que en el corazón le ponen, ni en los regalos que para su salud le ordenan, los que le aman y curan; sino consiste, en que dentro de él sus cualidades y humores, que excedían el orden, se compongan, y se reduzcan á templanza debida; y hecho esto en lo secreto del cuerpo, luégo lo que parece de fuera, sin que se le aplique cosa alguna, se templa

y cobra su buen parecer, y su color conveniente: así es salud Cristo, porque el bien que en nosotros hace, es como aquesta salud; bien propiamente no de sola apariencia, ni que toca solamente en la sobrehoz y en el cuero, sino bien secreto, y lanzado en las venas, y metido y embebido en el alma; y bien, no que solamente pinta las hojas, sino que propia y principalmente mundifica la raiz, y la fortifica. Por donde decía bien el Profeta (Isai. cap. xii, v. 6.): *Regocíjate, hija de Sión, y derrama loores, porque el santo de Israel está en medio de ti.* Esto es, no al derredor de ti, sino dentro de tus entrañas, en tus tuétanos mismos, en el meollo de tu corazón, y verdaderamente de tu alma en el centro. Porque su obra propia de Cristo es ser salud y JESÚS, conviene á saber, componer entre sí y con Dios las partes secretas del alma, concertar sus humores é inclinaciones, apagar en ella el secreto y arraigado fuego de sus pasiones y malos deseos. Que el componer por de fuera el cuerpo y la cara, y el ejercicio exterior de las ceremonias, el ayunar, el disciplinar, el velar, con todo lo demás que á esto pertenece, aunque son cosas santas, si se ordenan á Dios, así por el buen ejemplo que reciben de ellas los que las miran, como porque disponen y encaminan el alma, para que Cristo ponga mejor en ella aquesta secreta salud y justicia que digo: mas la santidad formal y pura, y la que propiamente Cristo hace en nosotros, no consiste en aquello. Porque su obra es salud, que consiste en el concierto de los humores de dentro, y esas cosas son posturas, y refrigerantes, ó fomentaciones de fuera, que tienen apariencia de aquella salud, y se enderezan á ella, mas no son ella misma, como parece. Y como ayer largamente decíamos, todas esas son cosas que otros muchos, antes de Cristo y sin Él, las supieron enseñar á los hombres, y los inducieron á ellas, y les tasaron lo que habían de comer, y les ordenaron la dieta, y les mandaron que se lavasen y ungiesen, y les compusieron los ojos, los semblantes, los pasos, los movimientos: mas ninguno de ellos puso en nosotros salud pura y verdadera, que sanase lo secreto del hombre, y lo compusiese y templase, sino solo Cristo, que por esta causa es JESUS.

¡Qué bien dice acerca de esto el glorioso Macario! — «Lo propio, dice, de los cristianos no consiste en la apariencia, y

en el traje, y en las figuras de fuera, así como piensan muchos, imaginándose, que para diferenciarse de los demás les bastan estas demostraciones, y señales que digo; y cuanto á lo secreto del alma, y á sus juicios pasa en ellos, lo que en los del mundo acontece, que padecen todo lo que los demás hombres padecen, las mismas turbaciones de pensamientos, la misma inconstancia, las desconfianzas, las angustias, los alborotos. Y diferéncianse del mundo en el parecer, y en la figura del hábito, y en unas obras exteriores bien hechas: mas en el corazón y en el alma están presos con las cadenas del suelo, y no gozan en lo secreto, ni de la quietud que da Dios, ni de la paz celestial del espíritu. Porque ni ponen cuidado en pedírsela, ni confían que le aplacerá dársela. Y ciertamente la nueva criatura, que es el cristiano perfecto y verdadero, en lo que se diferencia de los hombres del siglo, es en la renovación del espíritu, y en la paz de los pensamientos y afectos, en el amar á Dios, y en el deseo encendido de los bienes del cielo. Que esto fué lo que Cristo pidió para los que en Él creyesen, que recibiesen estos bienes espirituales. Porque la gloria del cristiano, y su hermosura, y su riqueza la del cielo es, que vence lo que se puede decir, y que no se alcanza sino con trabajo, y con sudor, y con muchos trances y pruebas, y principalmente con la gracia divina.» Esto es de San Macario.—

Que es también aviso nuestro, que por una parte nos enseña á conocer en las doctrinas y caminos de vivir, que se ofrecen, si son caminos y enseñanzas de Cristo: y por otra nos dice, y como pone delante de los ojos el blanco del ejercicio santo, y aquello á que tenemos de aspirar en Él sin reposar, hasta que lo consigamos. Que cuanto á lo primero de las enseñanzas y caminos de vida, tenemos de tener por cosa certísima, que la que no mirare á este fin de salud, la que no tratare de desarraigar del alma las pasiones malas que tiene, la que no procurare criar en el secreto de ella, orden, templanza, justicia; por más que de fuera parezca santa, no es santa; y por más que se pregone de Cristo, no es Cristo. Porque el nombre de Cristo es Jesús, y salud: y el oficio de esta es sobresanar por defuera. La obra de Cristo propia es renovación del alma, y justicia secreta: la de esta son apariencias

de salud y justicia. La definición de Cristo es unguir, quiero decir, que Cristo es lo mismo que unción, y de la unción es unguir, y la unción y el unguir, es cosa que penetra á los huesos: y este otro negocio que digo, es embarnizar, y no unguir. De solo Cristo es el deshacer las pasiones: esto no las deshace, antes las sobredora con colores y demostraciones de bien. ¿Qué digo no deshace? antes vela con atención sobre ellas, para, en conociendo á do tiran, seguir las, y cebarlas, y encaminarlas á su provecho. Así que la doctrina, ó enseñanza, que no hiciere, cuanto en sí es, esta salud en los hombres, si es cierto que Cristo se llama Jesús, porque la hace siempre, cierto será que no es enseñanza de Cristo.

—Dijo Sabino aquí: También será cierto, Marcelo, que no hay en esta edad en la Iglesia enseñamientos de la cualidad que decís.—Por cierto lo tengo, Sabino, respondió Marcelo, más halos habido, y puédelos haber cada día, y por esta causa es el aviso conveniente.—Sin duda conveniente, dijo Juliano, y necesario, porque si no lo fuera, no nos apercibiera Cristo en el Evangelio (Matth. cap. vii, v. 15.), como nos apercibe, acerca de los falsos profetas. Porque falsos profetas son los maestros de estos caminos, ó por decir lo que es, esos mismos enseñamientos vacíos de verdad, son los profetas falsos, por defuera como ovejas en las apariencias buenas que tienen, y dentro robadores lobos, por las pasiones fieras que dejan en el alma como en su cueva.—Y ya que no haya agora, tornó Marcelo á decir, mal tan desvergonzado como ese; pero sin duda hay algunas cosas, que tiran á él, y le parecen. Porque decidme, Sabino, no habéis visto alguna vez, ú oído decir, que para inducir al pueblo á limosna, algunos les han ordenado que hagan alarde, y se vistan de fiesta, y con pifano, y con atambor, y disparando los arcabuces en competencia los unos de los otros vayan á hacerla? Pues esto ¿qué es, sino seguir el humor vicioso del hombre, y no desarraigarle la mala pasión de vanidad, sino aprovecharse de ella, y dejársela más asentada, dorándosela con el bien de la limosna de fuera? ¿Qué es sino atender agudamente á que los hombres son vanos, y amigos de presunción, é inclinados á ser loados, y aparecer más que los otros; y porque son así, no irles á la mano en estos sus malos siniestros, ni procurar

librarlos de ellos, ni apurarles las almas reduciéndolas á la salud de JESUS, sino sacar provecho de ellos para interés nuestro, ó ajeno, y dejárselos más fijos y firmes? Que no porque mira á la limosna que es buena, es justo y bueno poner en obra, y traer á ejecución, y arraigar más con el hecho la pasión y vanidad de la estima misma, que vivía en el hombre. Ni es tanto el bien de la limosna que se hace, como es el daño que se recibe en la vanidad de nuestro pecho, y en el fruto que se pierde, y en la pasión que se pone por obra; y por el mismo caso se afirma más, y queda no solamente más arraigada, sino, lo que es mucho peor, aprobada, y como santificada con el nombre de piedad, y con la autoridad de los que inducen á ello: que á truco de hacer por de fuera limosneros los hombres, los hacen más enfermos en el alma de dentro, y más ajenos de la verdadera salud de Cristo, que es contrario derechamente de lo que pretende JESÚS, que es salud.

Y aunque pudiéramos señalar otros ejemplos, bástenos por todos los semejantes el dicho y vengamos á lo segundo que dije, que Cristo llamándose JESUS, y salud, nos demuestra á nosotros el único y verdadero blanco de nuestra vida y deseo. Que es más claramente decir, que pues el fin del cristiano es hacerse uno con Cristo, esto es, tener á Cristo en sí, transformándose en él; y pues Cristo es JESUS, que es salud, y pues la salud no es el estar vendado y fomentado, ó refrescado por de fuera el enfermo, sino el estar reducidos á templada armonía los humores secretos; entienda el que camina á su bien, que no ha de parar ántes que alcance aquesta santa concordia del alma. Porque hasta tenerla, no conviene que él se tenga por sano, esto es, por JESÚS. Que no ha de parar, aunque haya aprovechado en el ayuno, y sepa bien guardar el silencio, y nunca falte á los cantos del coro, y aunque ciña el cilicio, y pise sobre el hielo desnudos los piés, y mendigue lo que come, y lo que viste paupérrimo; si entre esto bullen las pasiones en él, si vive el viejo hombre y enciende sus fuegos; si se atufa en el alma la ira, si se hincha la vanagloria, si se ufana el propio contento de sí, si arde la mala codicia, finalmente si hay respetos de ódios, de envidias, de pundonores, de emulación y ambición. Que si esto hay en él, por mucho que le parezca que ha hecho y que ha aprovechado en los ejerci-

cios que referi, téngase por dicho que aún no ha llegado á la salud, que es JESUS. Y sepa y entienda que ninguno mientras que no sanó de esta salud, entra en el cielo ni ve la clara vista de Dios. Como dice San Pablo (Ad Hebr., cap. xii, v. 14), *Amad la paz y la santidad, sin la cual no puede ninguno ver á Dios.* Por tanto, despierte el que así es, y conciba ánimo fuerte, y puestos los ojos en este blanco que digo, y esperando en JESÚS, alargue el paso á JESUS. Y pídale á la salud que le sea salud, y en cuanto no lo alcanzare, no cese ni pare, sino como dice de sí San Pablo (Ad Philip., c. iii, vv. 13, 14): *Olvidando lo pasado y extendiendo con el deseo las manos á lo por venir, corra y vuele á la corona que le está puesta delante.*

Pues qué, ¿es malo el ayuno, el cilicio, la mortificación exterior? No es sino bueno; mas es bueno como medicinas que ayudan, pero no como la misma salud; bueno como emplastos, pero como emplastos que ellos mismos son testigos que estamos enfermos; bueno como medio y camino para alcanzar la justicia, pero no como la misma justicia. Bueno, unas veces como causas, y otras como señales de ánimo concertado ó que ama el concierto, pero no como la misma santidad y concierto del ánimo. Y como no es ella misma, acontece algunas veces que se halla sin ella, y es entónces hipocresía y embuste, á lo menos es inútil y sin fruto sin ella. Y como debemos condenar á los herejes que condenan contra toda razón aquesta muestra de santidad exterior, la cual ella en sí es hermosa, y dispone el alma para su verdadera hermosura, y es agradable á Dios, y merecedora del cielo cuando nace de la hermosura de dentro, así ni más ni menos debemos avisar á los fieles que no está en ella el paradero de su camino, ni ménos es su verdadero caudal, ni su justicia, ni su salud, la que de veras sana y ajusta su alma, y la que es necesaria para la vida que siempre dura, y la que finalmente es propia obra de Cristo JESÚS. Que sería negocio de lástima que caminando á Dios, por haber parado ántes de tiempo ó por haber hecho hincapié en lo que sólo era paso, se hallasen sin Dios á la postre; y proponiéndose llegar á JESUS, por no entender qué es JESUS, se hallasen miserablemente abrazados con Solón, ó con Pitágoras, ó cuando más con Moysén. Porque JESUS es salud, y la salud es la justicia secreta y la com-

postura del alma, que luégo que reina en ella, echa de sí rayos que resplandecen de fuera, y serenan, y componen, y hermosean todos los movimientos y ejercicios del cuerpo.

Y como es mentira y error tener por malas ó por no dignas de premio aquestas observancias de fuera, así también es perjuicio y engaño pensar que son ellas mismas la pura salud de nuestra alma y la justicia que formalmente nos hace amables en los ojos de Dios: que esa propiamente es JESÚS, esto es, la salud que derechamente hace dentro de nosotros, y no sin nosotros JESÚS. Que es lo que habemos dicho, y por quien San Pablo, hablando de Cristo, dice (Ad Rom., cap. I, v. 4) *que fué determinado ser hijo de Dios en fortaleza, según el espíritu de la santificación, en la resurrección de los muertos de Jesucristo*. Que es como si más extendidamente dijera que el argumento cierto, y la razón y señal propia por donde se conoce que JESÚS es el verdadero Mesías hijo de Dios prometido en la ley, como se conoce por su propia definición una cosa, es porque es JESÚS; esto es, por la obra de JESÚS que hizo, que era obra reservada por Dios y por su ley y profetas para solo el Mesías. Y esta ¿qué fué? Su *podertio*, dice, y *fortaleza* grande. Mas ¿en qué la ejercitó y declaró? *En el espíritu*, dice, *de la santificación*: conviene á saber, en que santifica á los suyos, no en la sobrehoz y corteza de fuera, sino con vida y espíritu. Lo cual se celebra *en la resurrección de los muertos de Jesucristo*; esto es, se celebra resucitando Cristo sus muertos. Que es decir, los que murieron en Él cuando Él murió en la cruz, á los cuales Él después resucitado comunica su vida. Que como la muerte que en él padecemos es causa que muera nuestra culpa cuando según Dios nacemos, así su resurrección, que también fué nuestra, es causa de que cuando muere en nosotros la culpa, nazca la vida de la justicia, como ayer mañana dijimos.

Así que, según que decía, el condenar la ceremonia es error; y el poner en ella la proa y la popa de la justicia es engaño. El medio de estos extremos es lo derecho. Que la ceremonia es buena, cuando sirve y ayuda á la verdadera santificación del alma, porque es provechosa; y cuando nace de ella es mejor, porque es merecedora del cielo: mas qué no es la pura y la viva salud que Cristo en nosotros hace.

y por qué se llama JESÚS. Digo más. No se llama JESÚS así porque solamente hace la salud que decimos, sino porque es él mismo esa salud. Porque aunque sea verdad, como de hecho lo es, que Cristo en los que santifica hace salud y justicia por medio de la gracia que en ellos pone asentada y como apegada en su alma; mas sin eso, como decíamos ayer, Él mismo por medio de su espíritu se junta con ella, y juntándose, la sana y agracia; y esa misma gracia que digo que hace en el alma, no es otra cosa sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Así que él mismo por sí, y no solamente por su obra y efecto, es la salud. Dice bien San Macario, y dice de esta manera:—«Como Cristo ve que tú le buscas, y que tienes en él toda tu esperanza siempre puesta, acude luégo Él y te da caridad verdadera, esto es, dásete á sí, que puesto en ti, se te hace todas las cosas paraíso, árbol de vida, preciosa perla, corona, edificador, agricultor, compasivo, libre de toda pasión, hombre, Dios, vino, agua vital, oveja, esposo, guerrero y armas de guerra, finalmente Cristo, que es todas las cosas en todos.»—Así que el mismo Cristo abraza con nuestro espíritu el suyo, y abrazándose le viste de sí, según San Pablo dice (Ad Rom., cap. XIII, v. 14): *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo*. Y vistiéndole, le reduce y sujeta á sí mismo, y se cala por él totalmente. Porque se debe advertir que así como toda la masa es desalada y desazonada de suyo, por donde se ordenó la levadura que le diese sabor, á la cual con verdad podremos llamar no solo la sazonzadura, sino la misma sazón de la masa, por razón de que la sazón no apartada de ella, sino junto con ella, adonde ella por sí cunde por la masa y la transforma y sazón: así porque la masa de los hombres estaba toda dañada y enferma, hizo Dios un JESÚS, digo, una humana salud, que no solamente estando apartada, sino juntándose, fuese salud de todo aquello con quien se juntase y mezclase; y así él se compara á levadura (Matth., c. XIII, v. 33) á sí mismo. De arte que como el hierro que se enciende del fuego, aunque en el sér es hierro y es fuego, en el parecer es fuego y no hierro: así Cristo, ayuntado conmigo y hecho totalmente señor de mí, meapura de tal manera de mis daños y males, y me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco yo el